

Tiene esta provincia a su cargo en la ciudad de Mexico tres conventos de monjas de Santa Clara, y en la ciudad de los Ángeles uno, y el colegio de Santa Cruz de los indios en este convento de Tlatelulco.

El sello de esta santa provincia es la estampa de mi padre San Francisco, predicando en un púlpito y muchos indios alrededor, sentados, oyendo la palabra de Dios; y su evangélico sello es (ciertamente) muy vistoso y digno de mucha consideración.

*CAPÍTULO II. De el cuidado y ansia con que los indios procuraron tener frailes en sus pueblos y edificarles con brevedad sus monasterios y casas*



UNA DE LAS NOTABLES COSAS QUE SUCEDIERON en la conversión de estos indios de la Nueva España fue la devoción grande y deseo que mostraron de tener frailes de San Francisco de asiento en sus pueblos, para que los doctrinasen, predicasen y ayudasen a ser buenos cristianos. Y por alcanzar esto que (como ellos dicen) deseaba mucho su corazón, no había trabajo ni fatiga, ni otro interés que se les pusiese por delante.

Luego como abrieron los ojos y entendieron las cosas de nuestra santa fe comenzaron a entender en ésta su pretensión importunando sobre ello al que era prelado, y poniendo por medianeros las personas que entendían serían parte para alcanzarlo, mayormente cuando los frailes se adjuntaban en sus capítulos; entonces era tanto el concurso de gente de los pueblos, que pedían religiosos, que los capitulares no sabían qué hacerse, ni qué medios tomar para consolarlos: porque no se podía cumplir con todos, sino con muy pocos, conforme al poco número de ministros que eran enviados, y venían de España, para entender en esta obra, porque acá eran muy pocos los que tomaban el hábito de la orden y éstos se habían de ir criando y instruyendo por largo tiempo en las cosas de la religión. De suerte que si de nuevo se tomaba monasterio en dos o tres partes, dejaban de tomarlo en otras veinte o treinta que insistían con la misma demanda; y como no los llevaban quedaban los indios de aquellos pueblos muy desconsolados, y los religiosos no menos, en ver su tristeza irremediable por entonces; especialmente por ser algunos de ellos de lejos y haber venido todos ellos con presentillos de aves, pan y frutas de muchas maneras, miel, pescado y las demás cosas que se hacían en sus tierras, con que se sustentaban los frailes del capítulo (que no era menester buscar quien hiciese la costa.)

Los que llevaban frailes iban que no cabían de gozo y adelantábase el que más podía para dar la nueva y ganar las albricias de los vecinos de su pueblo. Y cuando sabían que ya llegaban los frailes (porque para ello tenían puestas espías o atalayas) salían a recibirlos, barridos los caminos y llenos de muchas flores, música (la que tenían) y bailes de grande regocijo. Si no tenían edificado el monasterio, no tardaban en hacerlo de la forma

y traza que se les daba y pedía. Era cosa maravillosa la brevedad con que los acababan, siendo de cal y canto, que apenas tardaban medio año y cuando mucho un año entero. Y algunos se prevenían teniéndolo ya hecho y acabado, para cuando los frailes llegaban.

A los que quedaban sin frailes (ya que más no podían) consolábanlos de palabra, diciendo que sería el Señor servido de enviar obreros a esta su viña, y entonces se les daría el recaudo que deseaban; y en el entretanto no dejarían de visitarlos a menudo y socorrerlos en todas sus necesidades espirituales, como siempre lo habían hecho. Mas como los pueblos eran tantos y los frailes venían de tarde en tarde y no muchos, no los podían proveer ni dar ministros a todos como ellos deseaban y habían menester.

Indios hubo que acudieron a los capítulos más de quince o veinte veces, con una increíble perseverancia por alcanzar a tener frailes, porque en lo que ellos mucho desean y pretenden son incansables.

En esta necesidad tan grande y falta de ministros no se descuidaban los de acá en escribir a España a los prelados generales de la orden y al rey y a su Consejo de Indias, pidiendo la ayuda que habían menester. Y oyendo acá decir, como muchos, así de la misma orden como de fuera de ella, persuadían y estorbaban a los buenos frailes que se movían para venir, afiáanse en grandísima manera y clamaban a Dios suplicándole volviere por su obra y por su nueva iglesia y planta que se iba edificando y cultivando en estas regiones. Y aunque les llegaba al alma carecer de un fraile de los que acá trabajaban, puesto que fuese por muy poco tiempo, cuanto y más habiendo de tardar tanto y no sabiendo lo que de él sucedería, por la mucha distancia que hay de aquí a España y tantos peligros de mar y tierra, con todo eso lo posponían todo y enviaban de cuando en cuando algún religioso que solicitase la venida de frailes en España. Y siempre nuestros reyes católicos, siendo informados de la falta que había, acudían con muchas veras al cumplimiento de este menester escribiendo a los prelados convidasen a este apostolado a sus frailes y entre ellos escogiesen los más idóneos; y cuando habían de embarcarse mandábanlos proveer con mucha largueza de el matalotaje y lo demás que les era necesario.

En tiempo de la mayor necesidad (que fue entre los años de treinta y cuarenta) teniendo noticia de esta falta de ministros el buen emperador don Carlos Quinto, de perpetua memoria, pidió y alcanzó un breve de el pontífice Paulo III en que mandaba al general de los frailes menores de observancia que diesen ciento y veinte frailes para esta Nueva España, y los recogió de diversas provincias fray Jacobo de Testera, que siendo custodio fue al capítulo general de Nisa, y entre ellos trajo frailes muy doctos y muy principales que ilustraron esta provincia y las demás que de ella se fundaron. Empero antes que este socorro llegase fue grande la penuria que pasaron y cosa de lástima lo que se sintió entre los indios esta falta; porque no sólo no había ministros para todo, pero aun de los que se habían puesto en muchas partes fue necesario quitar; y de los que por entonces se quitaron y del sentimiento que los indios hicieron cuando se vieron desposeídos de ministros, a diferencia de el poco que tuvieron nuestros cristianos los espa-

ñoles cuando los ocasionaron para que se saliesen de Mexico, diré lo que pasó en algunas partes.

CAPÍTULO III. *De el sentimiento que hicieron los indios de Quauhtitlan, entendiendo que les querían quitar los frailes que les habían dado*



UNQUE DESDE EL AÑO DE 24, QUE FUE EL PRIMERO en que llegaron los religiosos a estas partes, hasta el de 38 (que fueron por todos 14 años) pretendieron estos ministros evangélicos ampliarse y dilatarse por muchos de los pueblos mayores y más convenientes de esta Nueva España; con la ayuda de compañeros que de Castilla les venían y con el celo de la conversión y de ganar almas para el cielo se habían extendido, persiguiendo al demonio enemigo que le llevaban vencido, como los que en una batalla siguen el alcance sin reparar en inconvenientes, muchas veces sucede que advirtiendo el daño se retiran, y recogen dejando aun de las manos parte de la presa, por guarecer la vida y redimir las personas; así ni más ni menos, viendo estos apostólicos varones, que por derramarse mucho y pasar adelante dejaban mucho más atrás y al enemigo del género humano, haciéndoles guerra a las espaldas y que para la observancia de su vida monástica y recogimiento convenía dejar algunas casas, tuvieron capítulo en Mexico, año de 1538, por el mes de mayo. Y consultaron el medio mejor y más suave que podía haber para dejar las casas que pretendían, sin que la frecuencia de la doctrina se ofendiese, ni los indios dejados se agraviasen. Y el medio que les pareció más fácil y tolerable fue determinar que los conventos que más se avecindaban y distaban menos entre sí, se hiciese de dos uno; y que el que quedase de los dos sin frailes fuese visitado del otro de aquellos mismos ministros, declarando que los dejados no fuesen conventos, sino como vicarías, sujetas a los otros, y de allí los proveyesen los guardianes de frailes que los tuviesen a cargo y enseñasen con aquella sujeción de ser visitados y regidos por los guardianes de los conventos.

Esto así ordenado salió la voz y sonó de otra manera en los oídos de los indios; es a saber, que los dejaban sin frailes y que se los quitaban del todo. Y como se leyó la tabla del capítulo (que siempre la están esperando los indios y los principales tienen puestos mensajeros, como postas, a trechos, para saber a quién les dan por guardián o por predicador en su lengua) y en algunas casas no se nombraron frailes señalados, dejándolas para que de otras se proveyesen, fue una de ellas Quauhtitlan, pueblo grande y de mucha autoridad en aquellos tiempos, y ahora de los mejores que han quedado, que dista cuatro leguas de esta ciudad de Mexico. Como fue la nueva al señor y principales de que no les daban frailes, en un punto se congregó la mayor parte del pueblo y fueron clamando y llorando al monasterio de